

Discurso del Presidente de la República en Celebración de la Obtención de la
Autonomía de la Universidad Alberto Hurtado
SANTIAGO, 1 de abril de 2004

Me he sentido profundamente honrado cuando el rector Montes me solicitó que dijera algunas palabras, al comenzar un nuevo año académico, y en donde lo que se está también celebrando es la autonomía de esta Universidad Jesuita Alberto Hurtado.

Es la primera vez que una universidad privada obtiene esta autonomía en el tiempo mínimo exigido por la ley, seis años, y de una manera unánime, por todos los miembros del Consejo Superior de Educación, que estuvieron acordes, como dijo Fernando Montes, en la liberación de la universidad.

Es esa calidad, la autonomía, que Chile reconoce y aprecia, es el fruto de un encuentro entre una tradición muy rica y un proyecto abierto a los grandes desafíos de nuestro tiempo. En los profesores y estudiantes que enseñan y aprenden, investigan y reflexionan, en sus aulas, patios y bibliotecas, está presente el legado de hombres como el Abate Molina, como Lacunza y el padre Hurtado, a través de quienes podemos apreciar el largo y fundamental aporte de la Compañía de Jesús a la educación y a la cultura de Chile, que está en muchas partes, está allí en el campo, en lo que fueron sus haciendas, está allí en el sur, donde Chile se desperdiga en las islas a través de esas iglesias chilotas que nos quedan como testimonio de lo que allí se hizo.

Como recordaba Fernando Montes, esta universidad nace el año 97, sobre la base de la experiencia de más de tres décadas del trabajo académico que allí realizaron ILADES, el CIDE y el Centro Bellarmino. Todos, en uno u otro momento, fuimos herederos, partícipes, actores, invitados a participar en las tareas de ellos. Crean la universidad bajo la inspiración, testimonio y la palabra del padre Hurtado, que contribuyeron decisivamente a poner la justicia social en el centro de las preocupaciones del Chile de mediados del siglo XX. Es el testimonio y la palabra del fundador del Hogar de Cristo, de la revista Mensaje, todos los cuales nos siguen interpelando en la actualidad y nos animan en grandes tareas y desafíos nacionales, como el esfuerzo para superar la pobreza y, asimismo, nos siguen recordando la importancia de cómo hacerse las preguntas adecuadas para encontrar las respuestas que necesitamos todos, entre todos, como país poder llegar a ellas.

Es con esa inspiración y la dedicación e inteligencia de todos los involucrados en esta empresa, que la universidad que lleva el nombre de Alberto Hurtado ha sido capaz de desplegar un proyecto de educación superior, de investigación y reflexión, orientada por las necesidades más urgentes y más profundas de la sociedad chilena. Es que una universidad, en definitiva, es eso, como muy bien aquí lo ha dicho el profesor Montes, una universidad, en un sentido pleno del término, es la institución que el ser humano desde el medioevo ha entendido como la institución encargada de pensar la sociedad.

Toda sociedad humana requiere de un grupo, pequeño o grande, que piensa la sociedad de la cual forma parte. Toda sociedad tiene tareas cotidianas permanentes que enfrentar, pero también tiene que pensar más allá de lo cotidiano, lo que viene. Ese pensar, en el Egipto de los faraones, eran los teólogos; otros, en la China milenaria; otros, en la Atenas de Grecia. Y la universidad del medioevo, que surge en la Italia con Padua, Bolonia, que no es sino el esfuerzo del ser humano por tener una entidad para seguir

pensando la sociedad en la cual está.

Y esa universidad, porque piensa la sociedad, piensa entonces que es posible tener una sociedad mejor, distinta del presente. Es el sentido profundo del que hace docencia y del que investiga. Porque de tanto pensar cómo funciona la sociedad, llegan a plantear que ésta podría funcionar mejor si hacemos esto o aquello, si la forma en que nos relacionamos es distinta. Ahí comienza a surgir la necesidad de la autonomía. Porque pensar la sociedad y hacerla mejor implica cambiarla. Y la tensión entre el cambio de la sociedad que quiero tener a futuro y aquel que detenta el poder en el presente genera una tensión inevitable. El príncipe, quien quiera que sea, gobierna las miserias y necesidades del presente. El intelectual que piensa la sociedad cómo mejorarla, tiene problemas distintos al del príncipe, y muchas veces se tensiona con el príncipe. Y hay algunos príncipes, como Enrique VIII, que nos les gusta la universidad que surge y crean, entonces, el King College, el College del rey, para que piense como piensa el rey.

Es esta tensión la que lleva entonces que desde el inicio esta entidad llamada universidad, reclama autonomía. La autonomía que hoy celebramos para la Universidad Alberto Hurtado es la autonomía que reclamaron aquellos que comenzaron esta hermosa aventura de la universidad: autonomía para pensar, autonomía para enseñar, autonomía para ser independientes del poder temporal, porque a ratos nuestro pensamiento genera una tensión con ese poder. La autonomía, en último término, es la esencia misma que conlleva una universidad en un sentido profundo.

Esa autonomía que es en función de qué enseñar, es infinitamente más compleja cuando definimos la educación, como me enseñó uno de los que está en esta sala, como aquel conjunto de conocimientos que una generación considera indispensable entregar a la generación que sigue. Que tarea tan fuerte, tan grande. ¿Cuál de todos los conocimientos que hoy tenemos nos parecen indispensables para entregar a la generación que nos sigue?

Y es aquí, donde creo que entronca también el desafío de la universidad de hoy, 10 siglos después de Padua, Bolonia, Oxford o Sorbonne.

¿Qué enseñamos a la generación que viene, si creo que todos estaremos acordes que vivimos una época de cambios, precisamente, epocales, que es la mutación de una a otra época?

Alguien ha querido decir que vivimos una época casi como la de Gutemberg cuando inventa la imprenta, y a través de este elemento tan mínimo el conocimiento se multiplica a una velocidad desconocida y los escribas o los monjes medievales en sus abadías pasan a ser reemplazados por la imprenta y la multiplicidad de conocimientos. Pero, claro, esa imprenta requirió más de 200 años para que alguien pensara que podía haber una distribución diaria del conocimiento a través de un periódico y cien años después para pensar que si ya estamos todos informados, a lo mejor podemos resolver entre todos a quién queremos de príncipe.

¿Pudo alguien prever, allá en el mil cuatrocientos y tanto, que esa invención de la imprenta, que era la liberación del monje medieval en su Abadía, implicaba después una forma tan radical y distinta de organizar la sociedad, como es el sistema democrático?

Porque difícilmente en el 1400 ó en el 1500, en aquella época que también se habló de la globalización con el descubrimiento del nuevo mundo, podíamos nosotros pensar, por un momento, que estábamos en condiciones de definir lo que venía después.

Y aquí, entonces, con el cambio que hoy día tenemos, es un cambio de una naturaleza que en el pasado no tuvimos, porque de la globalización que hoy día está tan en boga, cómo somos capaces de rescatar, para convivir en ella, las raíces y la cultura de lo local, para no perder nuestra identidad en un mundo más global.

Y cuando la universidad se plantea cómo enseñar a navegar en un mundo global y cómo preservar las raíces de lo que soy en mi cultura, en mi lengua, en mis visiones, en mis valores, que entiendo que son permanentes. Cómo soy capaz de combinar la diversidad que es riqueza de nuestras sociedades, con la necesidad unidad que tenemos que tener para mantenernos juntos como sociedad, tras valores que consideramos comunes.

Es cierto, es la diversidad lo que nos da la riqueza como país; es la diversidad de etnias y culturas, de religiones y visiones, pero hay un sentido común que queremos transmitir y enseñar; es cierto, es esa diversidad la que nos lleva, entonces, a tener una conducta en favor del pluralismo, que es indispensable para entender que mi verdad termina cuando comienza la de mi vecino, pero ese pluralismo tiene que tener centrado ciertos valores básicos en los cuales todos concordamos, precisamente para, en función de esos valores, poder aprender a procesar las diferencias.

En esta época donde tenemos el desafío de lo global versus lo local, la diversidad versus la unidad de valores, el pluralismo versus la necesidad de una convicción común unívoca de valores para procesar lo diverso. ¿Qué enseña una universidad, qué transmite a la próxima generación?

Algunos han pensado que es más fácil escribir sobre el fin de la historia, pero sabemos que eso no es así. Es más bien, cómo definimos ahora, en este cambio epocal, el rol de lo que queremos transmitir a las futuras generaciones, cómo somos capaces de adentrarnos en un mundo que crecientemente va a ser más global, pero en donde si no somos capaces de definir reglas en ese mundo global, entonces ocurrirá lo que nos decía nuestro rector hoy día, en que a lo mejor habrá un mundo de globalizadores y otro de globalizados. O, si ustedes quieren, cómo somos capaces de definir esta dicotomía en una globalización que avanza rauda y acelerada, con una incapacidad del ser humano en la tierra de crear instituciones multilaterales que puedan definir las reglas para ese mundo global.

Es difícil, porque a lo largo de la historia siempre ha habido, en algún momento, una sociedad, una cultura que predomina. La tendencia, claro está, suponer que será siempre así, y el que predomina no quiere reglas que limiten su predominio. Ese es tal vez el desafío más grande que tenemos hoy.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial y se establece Naciones Unidas, el ser humano busca entender que en ese mundo global se requieren reglas para entendernos.

El Presidente Clinton, en una charla reciente en una universidad planteó un tema que me parece apasionante. Dijo: "Si tenemos hoy el pleno poder como sociedad -los Estados

Unidos- ¿qué tipo de mundo queremos dejar para cuando dejemos de ser nosotros la potencia número uno del mundo y nos parezca, entonces, que es un mundo justo en el cual nosotros podemos participar?". Es un desafío que muy pocos imperios se han planteado, teniendo la plenitud del poder, cómo quiero organizar el mundo de manera que cuando deje de tener la plenitud del poder, yo pueda seguir creyendo que puedo participar adecuadamente en ese mundo.

Vuelvo a la universidad, excúsenme la digresión. ¿Qué es y dónde es lo que ahora podemos entonces plantearnos para la universidad? ¿Qué es lo que queremos enseñar o qué es lo relevante que queremos investigar?

Y aquí, entonces, es tan importante lo que se ha planteado la Universidad Alberto Hurtado, porque aquí esta universidad, a diferencia de otras, entiende que formar profesionales es parte de una actividad más integral, que se vincula estrechamente, adquirir destrezas con capacidad de discernir, compartir conocimientos con la forma como generamos más conocimientos, docencia con investigación, entendiendo que ambas están tras una búsqueda plural de la verdad y no unívoca de la verdad.

Es aquí donde parece tan importante en cómo entramos a organizar la sociedad chilena en el ámbito universitario, con los nuevos desafíos, porque dos son los bienes superiores que tenemos que cautelar: el primero, que ha estado a lo largo de nuestra historia republicana, que es el principio de la libertad de enseñanza, el principio en virtud del cual cada uno de nosotros es libre para enseñar, en buena hora, y cómo cautelamos ese principio con un segundo, tan importante como el anterior, cómo garantizamos que esa libertad para enseñar conlleva, a nivel universitario, la necesaria seriedad y garantía de los títulos y grados que se imparten. Cómo hago para no ahogar la libertad de enseñanza, so pretexto que tiene la sociedad que tener una entidad que garantice que lo que aquí se enseña es serio. Y cómo hago, so pretexto de que existe libertad para enseñar, esa libertad la ejerzo en tanto estoy en condiciones de cumplir con el segundo bien.

Y hoy día esto está directamente vinculado con el fenómeno de los últimos años, donde una proporción creciente, como aquí se ha recordado, de la población está vinculada a educación superior. La transición que se ha producido en Chile, de educación superior de una elite exclusiva a una elite inclusiva, para las grandes mayorías, ha trasladado la relación de la universidad en la forma que sirve a la sociedad chilena.

Tal vez hoy día el guarismo o el número del cual uno puede como Presidente de este país sentirse más orgulloso, es aquel que nos dice que de cada 10 estudiantes que hoy están en educación superior, 7 tienen a sus padres y madres que nunca estuvieron en la educación superior. De 10, siete. Ese es el mayor salto del cual tenemos que estar orgullosos.

Cuando hablamos que de 200 mil, tenemos 500 mil jóvenes en educación superior entre 1990 y el año 2004, yo dificulto que en la historia educacional chilena hayamos tenido un salto de esa envergadura.

Y, entonces, de la diversidad de postulantes a la educación superior el Estado tiene el deber de establecer mecanismos destinados a verificar, garantizar y promover su calidad, así como proveer una información válida y confiable a los usuarios del sistema.

Ese es el sentido último del proyecto de acreditación. De manera que lamento decirle al rector que a partir de la autonomía conquistada, la próxima tarea, entonces, es cómo se llega a la acreditación entre todos. Pero eso tiene que ver, entonces, con cómo entendemos el progreso entre todos.

Y, entonces, si he hecho esta digresión sobre el rol de la universidad, es porque coincido con usted que, independiente del proyecto educativo que pertenezca a una universidad pública en el sentido que viene de bienes públicos provistos por el Estado o viene de proyectos privados vinculados a alguno de los entes de la sociedad chilena, en los cuales también este país tiene una larga y honrosa tradición, desde finales del siglo XIX, con la primera universidad privada, la Universidad Católica.

Coincido con usted al decir que una universidad, independiente de cuál es el origen de sus bienes o el propietario mismo, lo que tiene es una vocación de servicio público que, por definición, es el origen de la universidad.

Por lo tanto, estoy de acuerdo con que tenemos mucho camino que avanzar, primero, para hacer realidad esos dos principios: la compatibilidad de la libertad de enseñar con la seriedad de los estudios y la calidad de los mismos que se imparten. Y para estar a tono con esta eclosión de universidades, que no es si no el resultado de un país que avanza en todos los frentes, también en el de la educación superior.

Por eso quisiera concluir celebrando enormemente la frase con que usted, rector Montes, concluyó, diciendo que esta universidad Alberto Hurtado estaba "al servicio de Chile y su gente". No sé si será casualidad, o usted lo sabía, como le comenté, que cuando se instaló la Universidad de Chile, en septiembre de 1843, en el discurso inaugural de Andrés Bello, señaló que "esta universidad nace para estar al servicio de Chile y su gente".

Entonces, entiendo ahora mejor el concepto de autonomía, porque usted ha definido la autonomía como más de 150 años atrás la entendió Bello, que era una autonomía para pensar a Chile, para pensar a su gente, porque estaba al servicio de ellos.

En ese sentido quisiera decir que esa universidad señora para el Chile de mediados del siglo XIX, expresión de la sociedad de ese momento y de la intelectualidad del momento, que da origen después a todo un desarrollo de la cultura de Chile, tiene ahora, entonces, un conjunto muy grande de universidades que en una u otra forma tienen su origen primigenio allí, y esta Universidad Alberto Hurtado también, entonces, es heredera de esa larga tradición.

El año 97, en el discurso inaugural de esta Universidad Alberto Hurtado, usted dijo: "...pretendemos ser una contribución significativa por la seriedad académica, por la voluntad de diálogo imbuida de un alto contenido ético y humanista y, sobre todo, por ser una respuesta pertinente a los principales problemas y oportunidades que se le presentan al país".

Ahí usted estaba siendo, entonces, el heredero de esa otra tradición, de la de Molina, Lacunza, Hurtado, ahí entonces usted estaba definiendo una universidad enraizada en Chile, dedicada a su gente, al servicio del saber y del humanismo en un sentido integral. En otras palabras, estaba volviendo a la definición de la universidad medieval, que

reclamaba su autonomía porque para pensar del futuro, a veces hay que alejarse un poco del príncipe.

Y, en ese sentido, entonces, al decir usted, igual que Bello, "al servicio de Chile y su gente", usted estaba reivindicando el alma más profunda de lo que es una universidad: al servicio público, independiente de cuál es su origen, pero es en ese servicio público donde usted transmite los valores indispensables para que la próxima generación sea un poco mejor que la actual.

Estoy cierto que, en último término, ustedes sabrán qué transmitir para que la próxima generación de hijos de esta tierra sea mejor que la actual.

Muchas gracias y mucho éxito.